

Yo Escapé de la Prostitución

Testimonio de un prostituta rescatada por el poder de Dios

Sólo Dios puede rescatar de la prostitución. Yo digo que la prostitución es como un pulpo porque tiene muchos tentáculos con los cuales envolverlo a uno. A mí me aprisionó y me hundió en lo más profundo del Mar de la Desesperación. Es tan fácil entrar, ¡pero tan difícil escapar! Dios es el único que puede bajar a esas profundidades para sacarnos. Yo lo sé. Mi vida lo atestigua.

Me acostumbré al dinero fácil. Mis hijos vestían las mejores marcas. Podía comprarles la comida que quisieran. Tenían todo lo que necesitaban para la escuela. Yo me arreglaba el pelo en los mejores salones de belleza. Mi ropa era la última moda. Estaba delgada. Me maquillaba bien bonita y en la calle atraía las miradas de todos los hombres.

¿Qué más puedo desear?—me decía a mí misma—. Estoy de lo más bien. Lo tengo todo y sin tener que matarme trabajando. Los gringos me tratan bien. Me dicen "Señorita". Me tratan con respeto. Me invitan a comer a los mejores restaurantes y a hoteles de lujo. Me siento como una reina. Tengo todo lo que quiero. Y si mi conciencia comienza a incomodarme, para eso tengo la droga. Rapidito salgo de la depresión y vuelo a las alturas, a la Montaña del Éxtasis. ¡Esto sí es vida!

El problema es que el autoengaño no dura para siempre. Cuando llegaban esos momentos en los que la dura realidad me confrontaba, me daba una bofetada por la cara obligándome a mirar de frente mi condición espiritual, me sentía la mujer más desdichada del mundo. Soñaba con conocer a un extranjero con plata que se casara conmigo y me sacara del burdel para siempre.

Satanás es un vil traidor. Primero seduce con el brillo del oro y una vez que ya te atrapa, entonces comienza a clavarte las puñaladas por la espalda. Cuando clamaba a Dios, Satanás se burlaba de mí: —Sí, claro. Según tú Dios te va a escuchar. Vienes de revolcarte con un montón de hombres y ahora pretendes que Dios conteste tus oraciones. De aquí no puedes escapar. Ya te atrapé y aquí te quedas conmigo para siempre.

Pero Dios, en Su infinita misericordia, se acercó a mí. Yo no tenía el valor de buscarlo porque me sentía demasiado depravada para merecer su atención, pero Él miró mi desesperación y me tendió la mano.

Una mujer cristiana se infiltró en un seminario para prostitutas. Me preguntó: —¿Usted de veras se siente bien en esto? ¿Le gustaría cambiar, dejar atrás esta vida?—. Su pregunta caló hondo en mi corazón y tuve que reconocer la verdad: Yo no era feliz así. Después de atender a algún cliente, me arrodillaba en el baño y llorando le clamaba a Dios que me sacara del burdel. La culpa y la vergüenza devoraban mis entrañas como un chacal insaciable. Me sentía sucia, indigna, despreciable. Hablaba con Dios pero las palabras que me venían eran: —Qué te va a escuchar. ¡No vales nada! Dios no oye a los pecadores—. El temor más grande que me atormentaba era que mis hijos se llegaran a enterar de cómo su madre se ganaba la vida.

Comencé a asistir a reuniones en un ministerio cristiano para rescate de prostitutas. Tomé la decisión de dejar esa vida y entregarme a Jesucristo. Ya no podía más.

Con la ayuda de una psicóloga cristiana analicé las raíces emocionales de mis tendencias. A los 14 años, siendo virgen, experimenté mi primera violación. A los 18 me uní a una "barra". Según yo eran mis amigos. Una noche me invitaron a una discoteque. Fui con ellos a bailar, luego a comprar droga y después de eso todos me violaron, todo el grupo. Después me involucré sexualmente con diversos hombres. A los 21 años una amiga me invitó a salir con ella para acompañar a unos hombres de plata que nos iban a pagar mucho dinero. Fue mi primera experiencia de esta naturaleza. Esa noche, sin saberlo, repetí el patrón mi madre. A los años me enteré que ella también había sido prostituta.

Lo que más me afectó psicológicamente fue no tener una familia normal. Me crié en casa de mis abuelos. Para mí ellos eran mis padres, pero eran muy viejitos. Yo deseaba padres más jóvenes. Sin embargo, cuando mi mamá me dijo que ella era mi verdadera madre me puse a llorar. Yo no quería aceptar eso. Se me hizo una gran confusión. Sufrí demasiado durante mi niñez y adolescencia. Todo este dolor tuve que sacarlo de mí con la ayuda de esta psicóloga y entregárselo a Dios para recibir sanidad emocional.

Quisiera decir que de ahí en adelante todo ha sido color de rosa, pero no es cierto. Al ver que me le iba, Satanás comenzó a atacarme con todo su arsenal. El primer ataque fue en mis finanzas. Los tentáculos del pulpo me apretaron todo lo que pudieron. De repente no tenía dinero. No sabía cómo me iba a ganar la vida. Las cuentas de agua y luz se acumularon. De la escuela de mi hijo me mandaban a pedir dinero y libros que no podía comprar. Me regalaron un salveque nuevo para mi hijo y en el bus lo asaltó un maleante y se lo quitó. Mis hijos me pedían comida y no tenía qué darles. —¿Por qué no tienes dinero, Mamá, —me preguntaban— si siempre has tenido?—. Yo no podía explicarles que todo el dinero anterior venía de la prostitución y que al dejarla me quedé sin una entrada, así que me enojaba y me resentía con ellos y los trataba muy mal. Quería que me comprendieran, pero ¿cómo me iban a entender si ellos no sabían las luchas que yo estaba pasando?

Comencé a coser. Era una habilidad que tenía de antes, pero que la había despreciado. Recibí costuras, pero las dos máquinas se descompusieron el mismo día y no tenía dinero para arreglarlas. Satanás estaba empeñado en no dejarme ganarme la vida honestamente. Quería cerrarme todas las puertas para obligarme a regresar al prostíbulo. Todas las noches soñaba que volvía al burdel. En el sueño mis compañeras me decían: —Aquí tenemos que estar. Para nosotras no hay escapatoria. No podemos sobrevivir sin esto—. Ya despierta pensaba: —Voy a ir sólo una vez, para pagar el agua y la luz y después no vuelvo más. Pero yo sabía que con una noche que fuera, ya de ahí no salía.

Clamé a Dios: —No me dejes ir, Señor. Súpleme de alguna manera—. Pedía sin creer, pero Dios es fiel y enviaba a alguien que me ayudara a salir del apuro.

Los cristianos me enseñaron que había una solución, que existía algo que se llamaba liberación, que a uno le podían sacar los demonios que lo estaban destruyendo a uno, así que busqué liberación. Me sacaron demonios de lascivia, lujuria, fornicación, perversión, droga, vicio, inmundicia. Mi cuerpo temblaba fuertemente. Los demonios gritaban por mi boca, pero gracias a Dios y a las personas que me ayudaron, los espíritus salieron y recobré la paz. Leía la Biblia. Me congregaba en una iglesia. Aprendí cantos de alabanza a Dios. Todo esto me fue fortaleciendo.

Todavía estoy luchando. No voy a decir que mi vida es fácil, porque no lo es, pero nunca regresé al burdel y tengo la paz de Dios en mi corazón.

Lo que quiero ahora es compartir mi testimonio como una voz de esperanza a las que aún están atrapadas en la prostitución. Quiero que sepan que sí es posible salir de esa vida. Hay que pagar un precio de lucha, pero con la ayuda de Dios se puede lograr.

Si tú estás presa en el Mar de la Desesperación como lo estuve yo, cautiva en vicios, prostitución, drogas, licor, acosada por el temor de contraer SIDA, por el miedo a que tus hijos se enteren de cómo obtienes tu dinero, busca a Dios. Él es el único que te puede rescatar de esa vida. Lo hizo por mí y lo hará por ti si lo buscas.